

II.

Cuando Mad. Jossierand, precedida de sus hijas abandonó el salón de Mad. Dambreville, que habitaba un cuarto piso en la calle de Rivoli, esquina á la del Oratorio, cerró con violencia la puerta de la casa desahogando con este brusco acto la ira que contenía desde hacía dos horas. Berta, su hija menor, había perdido una vez más, una excelente proporción de casarse.

—¿Por qué os paráis?—dijo con malos modos á las chicas al ver que se detenían bajo los arcos de la calle de Rivoli como si esperaran ver pasar un coche para detenerle. Si os figuráis que voy á tomar un coche, os engañáis de medio á medio... A patita, hijas mías. No están los tiempos para gastar dos francos.

—Bonitas vamos á ponernos de lodo,

murmuró la hija mayor que se llamaba Hortensia. Lo que es de esta hecha, me quedo sin zapatos.

—Andando y chitito, añadió la madre encolerizada. Cuando se acaben los zapatos os quedáis en casa y os acostáis temprano. De todos modos lo mismo da sacaros á relucir que guardaros entre cuatro paredes.

Berta y Hortensia, encogiéndose de hombros, torcieron por la calle del Oratorio, recogiendo las largas faldas del mejor modo que podían y tiritando á pesar de embosarse con sus abrigos. Mad. Jossierand iba detrás muy arropada con el suyo, de pieles calvas y deterioradas. Las tres no llevaban en la cabeza más que adornos de encaje, tocado que sorprendía á los escasos transeuntes que las veían pasar una detrás de otra, escudriñando el piso para no meterse en los charcos. La exasperación de la madre aumentaba al recordar cuántas noches inútiles como aquella habían pasado durante tres inviernos, acicalándose á primera hora, y volviendo á su casa con las manos vacías, llenándose de barro y teniendo que oír las bromas de los graciosos que hallaban en el camino. No volvería á sucederle igual chasco; de ningún modo. Estaba ya harta de zarrandear á sus hijas por todo París, sin po-

der permitirse el gasto de un coche de alquiler por temor de tener que ayunar al día siguiente ó por lo menos verse obligada á suprimir un plato del almuerzo.

—¡Y luego dicen que así es como se pescan maridos!—murmuró en alta voz, recordando la casa de Mad. Dambreville que tenía fama de proporcionar casamientos á las muchachas, y sin dirigirse á sus hijas, que iban delante y penetraban ya en la calle de Saint Honoré.—¡Bonitas proporciones son las que ofrecen los saraos de Mad. Dambreville! Allí no acuden más que barbilindos, sin posición, sin nada, que no se sabe de dónde salen,—continuó diciéndose la buena señora.—¡Ah! si una no tuviera necesidad de colocar á sus hijas... ¡En el último casamiento que ha arreglado... se ha lucido como hay Dios!... Una chiquilla mal criada que ha tenido necesidad de pasar seis meses en un convento después de haber cometido una falta imperdonable... ¡qué es como si dijéramos sufrir una colada!

Las jóvenes atravesaban la plaza del Palacio Real cuando empezó á llover. Aquel contratiempo llenó la medida. Las pobrecillas daban saltos para no mojarse los piés en los charcos, se cubrían con los abrigos para librarse de la lluvia y miraban de nuevo

con envidia los coches de alquiler que pasaban á su lado vacíos.

—Adelante y aprisa, gritó la madre sin conmoverse. Ya os he dicho que no hay coche que valga; además, estamos demasiado cerca para despilfarrar el dinero. Vuestro hermano León lo ha entendido... ¡es muy cuco! no ha querido venirse con nosotros temeroso de tener que pagarnos el coche. Dice que le va bien con esa señora que le tiene cautivado... allá se las campaneen. De todos modos, su comportamiento no es decente siquiera. Tiene que ver... ¡Una jamona de más de cincuenta años y que no recibe en su casa más que hombres jóvenes! ¡Una cualquiera, que un personaje ha casado por fuerza con el imbécil de Dambreville, nombrándole en premio de su condescendencia jefe de negociado!

Hortensia y Berta trotaban por las calles sufriendo el chaparrón sin darse por entendidas de las murmuraciones de su madre. Cuando esta buena señora se desahogaba, olvidando las reglas de educación que pretendía haber imbuido en sus hijas, estaba convenido que las muchachas se harían las sordas. Sin embargo, Berta se sublevó al entrar en la calle de la Echelle que estaba á la sazón sombría y solitaria.

—Bueno, exclamó... se me ha roto el tacón y se ha soltado del zapato... me es imposible continuar.

Mad. Jossierand se puso hecha un energúmeno.

—Sea como sea, dijo, adelante y sin chistar. ¿Acaso me quejo yo? ¿Es obligación mía andar á estas horas y con este tiempo por las calles? Si al menos tuviérais un padre como es debido. Pero no señor, él se queda muy quietecito en casa y me endosa el mochuelo. Por nada del mundo se molestaria en llevaros á las reuniones, ¡no faltaba otra cosa! Pues no señor, esto se va á acabar... Ya estoy harta de sufrir, y en adelante, vuestro padre os acompañará si quiere... lo que es yo os aseguro que ésta es la última vez que os llevo á casas en donde á cada instante padece mi amor propio... ¡Qué vuestro padre os coloque si puede! Sí, sí... ya baja... ¡y qué bien me engañó! Yo que contaba con su capacidad, con su... ¡Por supuesto! ¡Oh! lo que es si tuviera que volver á casarme con él, de seguro que no caía en la tentación!

Las jóvenes no protestaron. Se sabían de memoria aquel capítulo de las defraudadas esperanzas de su madre. El encaje mojado de su adorno se les pegaba al rostro, iban

las pobres chorreando, los zapatos y las medias calados; pero aún les quedaba que soportar otra humillación. Al llegar á la puerta de su casa las salpicó de barro el coche de M. y Mad. Duveyrier que se retiraban también.

En la escalera, la madre y las hijas, cansadas, molidas y furiosas, recuperaron la amabilidad que les servía de máscara, al ver al nuevo inquilino. Pero después, cuando se cerró la puerta de su cuarto, corrieron tropezando con los muebles en medio de la oscuridad hasta llegar al comedor, en donde M. Jossierand, sentado á la mesa, escribía á la luz de un modesto quinqué.

—¡Tiempo perdido! gritó Mad. Jossierand dejándose caer sobre una silla.

Y con un movimiento brutal se quitó los encajes que adornaban su cabeza, tiró su abrigo sobre el respaldo de un sofá y mostró su traje de color de fuego guarnecido de satén negro, apareciendo su figura corpulenta, bastante descotada por los hombros y el pecho turgentes todavía.

Su ancha cara, sus gruesas y caídas mejillas, su gran nariz, expresaban á un tiempo un furor trágico de reina que se contiene para no pronunciar palabras mal sonantes.

—Ya estáis de vuelta, se limitó á decir

M. Jossierand, atemorizado por aquel modo de entrar de su familia.

Lleno de inquietud, el pobre hombre, abría y cerraba los ojos. Su mujer le anonadaba cuando, como en aquel instante sucedía, alargaba hacia él su gigantesca cabeza, cuyo peso sentía desde lejos. Vestía el infeliz una levita vieja, y su rostro y su cuerpo aparecían como borrados al cabo de treinta y cinco años de pasarse la vida en una oficina. Miró un instante á su esposa con sus grandes y ya casi apagados ojos azules, y después de echarse detrás de las orejas los mechones de cabello gris que adornaban sus sienes, sin saber qué hacer, y no encontrando frase alguna que pronunciar, se dispuso á continuar su interrumpida tarea.

—¿Pero no me ha entendido V.?—exclamó Mad. Jossierand con voz chillona, le he dicho á V. que hemos perdido esta noche otra ocasión de casar á nuestra hija, cuando ya estaba á punto de alcanzarla; y con este son cuatro los chascos que nos hemos llevado.

—Con efecto, sí; ¡son cuatro, murmuró! ¡es un fastidio!

Y para librarse de la mirada furibunda de su mujer, se volvió hacia sus hijas dibujando en sus labios un proyecto de sonrisa. Las

jóvenes se quitaban los adornos y los abrigos, quedando con sus trajes, azul el de la mayor y rosa el de la menor. Estos trajes, bastante libres en el corte, tenían ricos adornos y eran un sí es no es provocativos.

Hortensia, de tez pálida, habría tenido un bello rostro, si no hubiera heredado la nariz de su madre que le daba un aire de obstinación desdeñosa. Acababa de cumplir veintitres años y representaba lo menos veintiocho. Berta por el contrario, con dos años menos, conservaba toda la gracia de la infancia, y aunque tenía el aire de familia, aunque sus facciones eran las mismas que las de su hermana, había en ellas más finura, más corrección, su tez era de una blancura brillante y sólo podía esperarse que andando el tiempo, allá al cumplir los cincuenta, se pareciera algo á la autora de sus días.

—No las mires á ellas solas, gritó madame Jossierand; recreáte también en mí, y por Dios santo deja la pluma que me ataca á los nervios sólo verte con ella.

—Pero querida mía, dijo cándidamente, estoy haciendo fajas.

—Sí, ya sé, fajas á tres francos el millar... ¡Si con esos tres francos esperas casar á tus hijas, ya estás aviado!

En efecto, sobre la mesa aparecían mu-

chas hojas de papel gris, fajas impresas, cuyos blancos llenaba M. Josserand, con destino á un editor que tenía muchas publicaciones periódicas. No bastando su sueldo al pobre cajero, se pasaba las noches enteras entregado á aquella ingrata tarea, no sin procurar ocultar á todo el mundo semejante ocupación, por vergüenza de que se descubrieran sus apuros.

—Tres francos son tres francos, contestó con voz lenta y cansada. Estos tres francos os permiten añadir algunos lazos á vuestros vestidos y ofrecer pasteles á los que vienen á visitarnos los martes por la noche.

Apenas pronunció las anteriores palabras, se arrepintió comprendiendo que había herido á su esposa en lo más hondo de su amor propio, en la fibra más sensible de su orgullo. Así fué en efecto, la sangre se le subió al rostro, y con los labios hinchados, la mirada ardiente, parecía próxima á estallar: sin embargo, haciendo un esfuerzo sobre sí misma se limitó á balbucear: —¡Válgame Dios... válgame Dios!

Y mirando á sus hijas, anonadó magistralmente á su marido con un encogimiento de sus terribles hombros como diciendo: «¡Ya lo veis! Es un hombre incapaz.

Las chicas bajaron la cabeza y su padre

vencido dejó no sin pena la pluma y se puso á leer el periódico *El Tiempo*, que todas las noches se llevaba de la oficina á su casa.

—¿Duerme Saturnino?—preguntó secamente Mad. Josserand aludiendo á su hijo menor.

—¡Ya hace mucho tiempo, respondió! También he mandado á Adela que vaya á acostarse... Y vosotras, ¿habéis visto á León en casa de los de Dambreville?

—No hemos de verle, si duerme allí, dijo Mad. Josserand, con acento de rabia que no pudo contener.

Sorprendido el padre tuvo la candidez de añadir:

—¿Pero tú crees eso, mujer?

Hortensia y Berta se volvieron sordas como de costumbre. Sin embargo, se sonrieron simulando ocuparse de su calzado, que estaba en un estado lastimoso. Para variar de conversación Mad. Josserand, buscó otro punto vulnerable donde atacar á su marido, encargándole que tuviese más cabeza y que se llevase todos los días á la oficina el periódico para no dejarle, como había sucedido el día anterior rodando por la casa con exposición de que sus hijas hubieran leído la reseña de una causa criminal que había aparecido en sus columnas. Aquella

negligencia, era una prueba más de su poca moralidad.

—¿Nos acostamos? preguntó Hortensia. Yo tengo una debilidad...

—Pues lo que es yo me estoy muriendo de hambre, dijo Berta.

—¿Cómo es eso, tenéis apetito? preguntó Mad. Jossierand, algo mohina. ¿No habéis comido pasteles en casa de Mad. Dambreville? Sois unas tontas... Allí se come... Yo por mi parte he comido.

Estas razones no calmaban la necesidad de las dos jóvenes, y al fin y al cabo las acompañó su madre á la cocina para ver si encontraban algo que comer. El padre aprovechó la ocasión para volver á sus fajas. Sabía que sin ellas desaparecería lo superfluo, el lujo de su casa y por eso, á pesar del desdén y de las injustas acusaciones de que era objeto, se pasaba las noches en blanco entregado á aquella secreta tarea, considerándose dichoso al imaginar que un poco de encaje ó un lazo más en el vestido de sus hijas podría proporcionarles un buen acomodo. Las economías que habían hecho sobre la alimentación no bastaban para costear los trajes ni las recepciones de los martes, y el pobre hombre se resignaba á soportar aquel trabajo de mártir, vistiéndose con guñapos

ó poco menos, mientras que su mujer y sus hijas recorrían los salones adornadas con flores y con cintas.

—¡Jesús! ¡qué olor! ¡no se puede aguantar! gritó Mad. Jossierand al entrar en la cocina. Por más que hago no puedo conseguir que esa puerca de Adela deje entreabierta la ventana. Ya se ve, dice que entonces encuentra helada la cocina por la mañana... ¡pero vuelca!

Corrió á abrir la ventana y subía del estrecho patio interior una humedad glacial, un olor insípido á sótano mohoso. La bujía que Berta había encendido proyectaba una danza de sombras colosales en la pared del patio que daba frente á la ventana.

—¡Pero qué sucia es esa muchacha! continuaba murmurando Mad. Jossierand, aspirando aquel aire mefítico para convencerse de la suciedad y el abandono de su criada. Lo menos hace quince días que esta mesa no ha visto el agua y el estropajo... ¿Pues y estos platos...? tienen los restos de la comida petrificados. No os digo nada del fregadero... ¡qué olor! ¡da asco!

Su mal humor aumentaba convirtiéndose en furia. Removía los platos sucios con sus manos, revocadas con polvos de arroz y adornadas con brazaletes de oro en las muñecas;

arrastraba la cola de su traje por el manchado suelo de la cocina, y la enganchaba en los utensilios que había en la mesa en el mayor desorden, comprometiendo su laborioso lujo. La vista de un cuchillo mellado llenó el colmo de la medida.

—¡Mañana la pongo de patitas en la calle! exclamó.

—Y con eso lograrás mucho, dijo Hortensia tranquilamente. Ninguna pára en casa. Adela es la única que ha durado tres meses. En cuanto dejan el pelo de la dehesa y aprenden á hacer algo, se largan con viento fresco.

Mad. Jossierand se mordió los labios. Con efecto, sólo aquella muchacha recién llegada de Bretaña, bestia y llena de mugre, podía permanecer en medio de la vanidosa miseria de aquella familia burguesa que abusaba de su ignorancia y de su suciedad para tenerla siempre rabiando de hambre. Infinitas veces, á propósito de un peine hallado entre el pan, ó de un guisado que por lo asqueroso les había producido náuseas y cólicos, habían decidido echarla á la calle; pero se resignaban ante la dificultad de reemplazarla, porque hasta las ladronas se negaban á servir en una casa en la que se contaban los terrones de azúcar.

—No encuentro nada que llevarme á la boca, dijo Berta después de escudriñar los rincones de una alacena.

No había en sus tablas más que el melancólico vacío y el falso lujo de las familias que compran carne de clase inferior á fin de poder adornar la mesa con un ramo de flores. No había en ellas más que algunos platos de porcelana con filetes dorados, un cepillo para limpiar los manteles cuyo mango de plata ruolz se había deteriorado en algunos sitios, vinagreras en las que los restos de aceite y de vinagre se habían solidificado; pero ni un mal corrusco de pan trasconejado, ni una fruta, ni un duro pedazo de queso. Se adivinaba que el apetito de la doméstica jamás satisfecho, no dejaba á sol ni á sombra las más imperceptibles migajas.

—¡Por lo visto se ha comido todo lo quedó del conejo! dijo Mad. Jossierand.

—Y es verdad, añadió Adela, casi toda la rabadilla... pero no... está aquí... ya me figuraba yo que no se habria atrevido á tanto. Puesto que la he encontrado, me la como fría y todo.

Berta registraba por su cuenta todos los rincones de la cocina, pero sin éxito. Al fin halló una botella en la que su madre había

puesto en agua los restos de un tarro de dulce para hacer jarabe de grosella con que obsequiar á sus contertulios de los martes, y llenando con él medio vaso:

—Excelente idea, dijo; ya que no hay otra cosa mojaré aquí un pedazo de pan.

Su madre inquieta la miraba con aire severo.

—Eso es, no te contengas hija mía, murmuró, llena el vaso y mañana ofreceré á mis convidados agua fresca.

Por fortuna una nueva fechoría de Adela interrumpió la reprimenda que comenzaba á enderezar á su hija. Sobre la mesa de la cocina vió nada menos que un libro, y al verlo su indignacion no tuvo límites.

—¡Habrás visto infamia igual! ¿Pues no ha traído á la cocina mi libro favorito, mi Lamartine...? ¡Esto no tiene nombre!

Era en efecto un ejemplar del *Jocelyn*; y cogiéndole cuidadosamente y limpiándolo, repetía que le había prohibido más de veinte veces que llevase aquel libro de un lado á otro para escribir en el forro la cuenta de la compra. Mientras tanto Berta y Hortensia se repartieron un pedazo de pan algo duro que habían hallado, y llevándose cada cual su improvisada cena, anunciaron que iban á desnudarse. Su madre echó aún al-

gunas ojeadas sobre el fogón, y volvió al comedor llevando el libro cariñosamente sujeto por uno de sus exhuberantes brazos.

M. Josserand continuaba dale que dale á sus fajas, con la esperanza de que al volver su esposa para ir á acostarse se limitaría á anonadarle con una de sus furibundas miradas. Pero no fué así, se dejó caer sobre una silla en frente de su esposo, y le miró fijamente sin decir palabra. El pobre hombre sentía la influencia de aquellas miradas y experimentaba tal ansiedad, que la pluma agitada por su nerviosa mano rasgaba el delgado papel de las fajas.

—¿Eres tú, dijo al fin Mad. Josserand, quien ha dispuesto que Adela no nos haga un flan para mañana?

M. Josserand estupefacto levantó la cabeza.

—¡Yo, querida mía! murmuró con voz temblorosa.

—¿Vas á negar como siempre? Y si es verdad lo que dices, ¿por qué no ha hecho el flan que la encargué? Ya sabes que mañana es nuestro día de recepción y que vendrá á comer el tío Bachelard por ser su santo. Si no tenemos flan, no habrá más remedio que comprar un queso helado, ó lo que es lo mismo, derrochar cinco francos.

El pobre hombre no intentó disculparse. No atreviéndose á continuar su tarea ni resignándose á dejarla, se puso á jugar con su portaplumas. Hubo una pausa.

—Mañana—añadió con sequedad madame Josserand,—me harás el favor de entrar en casa de los Campardon y les recordarás con la mayor finura, si es que puedes, que esperamos que honren nuestra reunión por la noche... El joven que aguardaban ha llegado: díles que pueden traerle. Lo has oído... quiero que venga.

—¿Qué joven es ese?

—Un joven... sería muy largo de explicar... pero he tomado informes, y es necesario probar de todo... Ya que me has encajado el mochuelo de colocar á las chicas, ya que te ocupas de su casamiento como del gran Turco, necesario es que yo...

Esta idea la sublevó de nuevo.

—¡Ya lo ves, me contengo, pero estoy harta... hasta los pelos!... No me digas nada, calla ó estallo y no respondo de mí.

No dijo nada, pero la cólera de la feroz matrona estalló.

—Esto no puede resistirse, dijo; y te advierto que el día menos pensado me voy y no volvéis á verme el pelo, ni tú ni esas zánegas de hijas. ¿Por ventura he nacido yo

para pasar esta vida de trabajos? Siempre teniendo que estirar el dinero, no poder comprarse una unas malas botas sin un gran sacrificio, estar obligada á recibir á sus amigos de un modo casi indecoroso... ¡no hay quien resista esto! Y todo por culpa tuya. Si señor... por culpa de V. No hagas muecas ni muevas la cabeza como diciendo que no tengo razón, porque entonces soy capaz de hacer una barbaridad. Me ha engañado usted, si señor, me ha engañado V. miserablemente. No se casa uno con una mujer cuando se halla dispuesto á consentir que carezca de todo. V. se las echaba de plancheta, hablaba V. de su brillante porvenir, era V. amigo íntimo de los hijos de su principal, de los hermanos Beruheim, que después no han hecho maldito el caso de V... ¿Cómo? ¿qué? ¿te atreverás á decir que te han tratado como es debido? A estas fechas deberías ser su socio por lo menos. Tú eres el que ha contribuido á la prosperidad de su comercio; gracias á tu asiduo trabajo es su almacén de cristalería, una de las primeras casas de París; y sin embargo, tú no has dejado de ser un simple cajero, un subalterno, un hombre asalariado... Me oyes y no se te cae la cara de vergüenza... Calla... calla... me das compasión y asco.